
El trabajo de Javier Hervada en la Universidad de Navarra

Juan FORNÉS

Catedrático de Derecho canónico y Derecho eclesiástico del Estado

Era el mes de octubre de 1958. En «una de las aulas», al decir del recordado Ismael Sánchez Bella –porque solo había dos–, del edificio de la Cámara de Comptos Reales, un joven profesor impartía por primera vez su clase de Derecho Canónico en el segundo Curso de la Licenciatura en Derecho, a unos treinta estudiantes entre los que, por mi parte, tuve la fortuna de encontrarme.

Era Javier Hervada, que, incorporado en el Curso 1957-1958 al entonces Estudio General de Navarra para colaborar con Pedro Lombardía, se hizo cargo de la enseñanza de la asignatura, cabalmente, en el curso 1958-1959 en que Lombardía, obtenida su Cátedra, estaba en Zaragoza.

Sus clases eran densas, enjundiosas, profundas, muy bien preparadas, con riqueza de datos y, sobre todo, formativas. Se veía que estábamos, desde luego, ante un hombre sabio y bueno.

Se preocupaba por cada uno –y cada una: ¡sólo había una estudiante en el Curso!–. Y cuidaba, con verdadero interés, la formación profesional personalizada. Recuerdo que, como parte importante de su docencia, distribuyó, entre varios grupos en los que dividió la clase, distintos temas científicos propios de la materia canónica, para que hiciéramos trabajos de investigación sobre ellos, naturalmente bajo su experta dirección. Algunos de estos trabajos eran después expuestos en la clase, con cierta solemnidad académica y con la asistencia de otros profesores de la materia; por ejemplo, la del propio Pedro Lombardía, que se desplazaba desde Zaragoza para la ocasión.

A mí me correspondió –se ve que ya le preocupaba el tema– alguna cuestión sobre la subjetividad y personalidad en la Iglesia: la condición de fiel y la posición de los no bautizados en el orden constitucional canónico.

Palabras pronunciadas en el Acto Académico in memoriam del profesor Javier Hervada. Pamplona, 10 de febrero de 2022. Edificio central, Aula Magna, Universidad de Navarra

Recuerdo, con cariño y cierta nostalgia, nuestras conversaciones –de maestro a discípulo, naturalmente– ¡en el café Iruña! No había otros sitios en aquellos comienzos. Por supuesto, ni el Central, ni Faustino..., ni el campus universitario, tan atractivo y admirado en la actualidad.

Y es que Javier Hervada en su trabajo en la Universidad de Navarra, tuvo siempre muy claro y lo vivió con pasión –diría hasta el agotamiento– que lo primero son las personas. De ahí su actitud de agradecimiento a todos –autoridades académicas, colegas, profesores, personal no docente–. Y de ahí también su disposición de servicio y entrega a cada uno de los estudiantes.

Sus múltiples y variados cargos –como catedrático, como director de departamento, como decano de la Facultad de Derecho y vicedecano de la de Derecho Canónico, como director del Instituto Martín de Azpilcueta y otros– siempre han sido ocasión de auténtico servicio y entrega a cada una de las personas. ¡Bastaría recordar que dirigió 66 tesis doctorales!

Bien es verdad que esa generosa disponibilidad también ha sido correspondida. «Espero –decía Javier Hervada en el acto en el que se le imponía la cruz de San Raimundo de Peñafort en 1998– que a través de mis palabras habrá quedado puesto de relieve lo que ha sido mi intención. Si algo he hecho, no ha sido solo. Si mi trabajo ha producido algunos frutos, ello ha sido debido a la inestimable e imprescindible ayuda de otras muchas personas. Recuerdo que una vez estando en un autobús, una persona relativamente joven maltrató a un mendigo y dijo en voz bien alta que a él no le había ayudado nunca nadie. Pensé en mí: ¡no ha sido, gracias a Dios, éste mi caso! Siempre he tenido una mano amiga a mi lado: el colega que me ha aconsejado y corregido, el mecánógrafo que me ha pasado a limpio mis cuartillas, el bedel que me ha sonreído mientras me prestaba un servicio, la autoridad académica que ha acogido una petición mía o me la denegado con cariño y con razones»¹.

Javier Hervada es recordado, de modo especial, como decano de la Facultad de Derecho, desde 1973, en que sustituyó a Jorge Carreras que había sido llamado al cargo de Rector de la Universidad de Barcelona, hasta 1984, en que, modestamente, me cupo el honor de sustituirle en el cargo.

Eran años difíciles: con muchos estudiantes y poco lugar material, porque por razones, digámoslo así, técnico-administrativo-políticas, no se podían ampliar los espacios, ni construir algún nuevo edificio que aliviara el encorse-

¹ HERVADA, J., «Mi vida y la Universidad de Navarra», en J. Fornés (coord.) *et al.*, *Libro del cincuentenario. Facultad de Derecho (1952-2002)*, Pamplona, 2004, p. 141.

tamiento existente. Años no fáciles, decía. No hubo pandemia , pero sí, entre otras cosas, atentados (concretamente, seis con explosivos). Pero, en fin, así ha vivido, crecido, y consolidado su prestigio siempre –algo de esto decía la Rectora hace unos días²– la Universidad de Navarra.

En su labor de gobierno, Javier Hervada no era nada personalista. Cuidaba con esmero algo tan propio de esta Universidad como es el espíritu de la colegialidad en la toma de decisiones. Eso sí: seguía con constancia –yo diría que con verdadera tenacidad– los nuevos proyectos y retos docentes e investigadores –nacionales e internacionales que continuamente se planteaban (de modo emblemático, la Pontificia Università della Santa Croce, de la que fue doctor *honoris causa*)–.

Y, sobre todo, se preocupaba de que cada persona hiciera bien su trabajo y estuviera contenta en él. Y, por supuesto, de la incansable búsqueda, formación y promoción de nuevas personas, idóneas para cada puesto de trabajo: docente, administrativo o de gobierno, en la cada vez más creciente Universidad.

Universidad –digámoslo con sus propias palabras³– «que se ha hecho vida de mi vida, y a la que he entregado como *Alma mater* que es, madre nutricia, mi amor de hijo. Sí, puedo decir sin rubor que la Universidad de Navarra ha sido y es mi vida; a ella he entregado mis mejores afanes profesionales, y lo mejor de mi corazón».

Así ha sido Javier Hervada, un gran jurista que supo cultivar siempre y, sobre todo, vivir «el arte de lo bueno y de lo justo». También, y de modo especialmente excelso, a través de su trabajo en la Universidad de Navarra.

² Cfr. Entrevista a María Iraburu, en *Diario de Navarra*, 15.01.2022, p. 18.

³ HERVADA, J., «Mi vida...», *op. cit.*, p. 138.

